

tío y al fin lo encontró tirado en el suelo, rebozado en sangre. Salió a la ventana y contó a los otros lo que allí había.

Quince Mil, sujetado por cinco hombres se empezó a calmar. Le ataron las piernas y las manos y hasta le pasaron una cuerda por el cuello para que no hiciera fuerza. Se lo llevaron a casa del carpintero y allí lo ataron a una viga mientras le arreglaban la jaula.

Mientras tanto los hombres del pueblo se reunieron en el Ayuntamiento para solucionar el problema. Todos estaban seguros de que había sido Quince Mil quien había matado a su tío en un ataque de locura, pero como también se daban cuenta de que venían turistas a verlo y que esto traía dinero, sobre todo a los bares y a la Posada, decidieron matarlo pero no enterrarlo, porque así ya no vendría nadie, sino disecarlo, sacar las tripas y dejarlo hueco; luego

pondrían unas luces en la cabeza para que la gente viera como cambiaba su cara de color antes y le pondrían también unos aparatos para que se moviera como si estuviera vivo. Todo esto gustaría a los visitantes y daría fama al pueblo. Tan contento estaba con la solución que había encontrado, que al llegar a su casa el señor alcalde se la contó a su esposa, pero como era muy voceras lo oyó su hijo, que era muy amigo de Quince Mil.

Corrió a casa del carpintero y saltó por la tapia del corral. Silenciosamente, entró en el taller donde lo tenían enjaulado, abrió la jaula y juntos escaparon por entre las sombras de los chopos que bordean la carretera. Cuando ya estuvieron en campo abierto el muchacho le indicó el camino a la sierra.

Quince Mil parecía un mono, arrastrando las manos y andando

en cuclillas, con su cabeza grande y su ojo reluciente. Daba miedo verle en la oscuridad. Cuando lo dejó el muchacho, siguió el camino de la sierra, andando despacio, apoyándose con las manos. No estaba acostumbrado a andar. Parecía un oso pequeño, una rana grande, un huevo con patas y manos, un mono. Parecía muchas cosas.

Cuando el muchacho llegó al pueblo, tan a escondidas como se había ido, encontró con que toda la gente corría a encerrarse a sus casas, se oían los gritos de las mujeres, los lloros de los niños, todo estaba alborotado. La gente cerraba sus puertas y ventanas y asustados rezaban al Señor para que les librase del peligro.

Mientras tanto, en la Sierra empezaba a amanecer. Un nuevo día cargado de muchas cosas se atrevía a despertar a Quince Mil. Los pájaros ya lavados y peinados cantaban escandalosamente. Quince Mil estaba maravillado de tanta vida como había a su alrededor: las mariposas como todas las mariposas, las flores como las flores, el río como todos los ríos, para abajo, siempre yendo para abajo, todos vivían igual que los que eran como ellos. Quince Mil como los bichos raros.

Los pájaros revoloteaban como llamando a voces a Quince Mil; éste les sonrió y, como pudo, corrió tras ellos. Tropezaba, se volvía a levantar, gruñía, sonreía, seguía corriendo; los pájaros delante de él revoloteando. Llegaron a un precipicio, la montaña se quedaba cortada como una pared. Quince Mil no detuvo su carrera, se lanzó al espacio. Movía sus brazos como los pájaros, iba cayendo, descendía rápidamente. Desde arriba sólo se le veía como un punto, cada vez más pequeño, ya casi no se le veía. De pronto, pareció que empezaba a dejar de caer, seguía braceando, rápidamente, estaba empezando a volar, estaba volando, volaba...



Francisco Page Martínez cumplió veintiún años el día de San Mateo. Nació en Cuenca, es profesor de EGB y está haciendo ahora el servicio militar. Lo suyo es la poesía, aunque también escribe en prosa.

versos

INMERSO EN UNA DUNA DE GRANITO DESGUAZADO;
así estaba **Búffalo Bill**
y no hacía demasiadas payasadas
con el alpiste de su candelabro cantarín.
Así **Búffalo Bill "el grande"**,
así un vil búfalo disfrazado de gañán
enseñaba el código civil a los indios en las reservas.

Así un hombre, con cara de actor de cine,
mostraba el mundo que millones de años después
le han amañado (como en boxeo).

Inmerso en una duna de granito desguazado
el contoneo prostituido de una dama de la caridad
jugaba a la canasta con el "amigote" de los indígenas
de ese furibundo país de lodo con la imagen de lincoln.

El clown deambulaba inmerso en una duna de granito,
y el tinglado, que tras las fauces del coyote había montado,
estaba a punto de caer a base de apretones
de manos en la vieja Europa.

Era demasiado viejo
y ya no sabía engañar.

Francisco PAGE

Juan Carlos TORRECILLA